

EL QUIJOTE Y EL NACIMIENTO DE LA NOVELA MODERNA

EL DESARROLLO DE LOS PERSONAJES.

La compleja configuración (caracterización y desarrollo) de los personajes en el *Quijote* supone un extraordinario avance con respecto a la narrativa de su época y ha sido considerado como una de las marcas de la novela moderna. Tanto los personajes de los libros de caballerías como los de la novela picaresca son arquetipos cuya línea de conducta se mantiene casi inalterable a lo largo del relato; su evolución es mínima y cuando se produce no hace más que seguir la dirección marcada por el autor desde el principio. Esto es así porque son personajes predeterminados por sus propios orígenes y la novela no hace sino confirmar esa predeterminación. Por eso los relatos, tanto los caballerescos como los picarescos comienzan marcando los orígenes del protagonista, sus padres, su linaje, su nacimiento, honroso en un caso y deshonroso en el otro, pero igualmente determinantes de la trayectoria del héroe. Este determinismo del personaje, apuntado ya en el *Lazarillo*, se consolida de forma absoluta en el *Guzmán de Alfarache*, donde el narrador-personaje insiste continuamente en la imposibilidad de alterar el rumbo de su vida a pesar de sus frecuentes propósitos.

Los personajes de Cervantes en cambio carecen de esa determinación, lo que los hace libres para evolucionar en cualquier sentido en función de sus propias experiencias. Por eso la novela omite sus orígenes. No sabemos cuándo ni cómo nació don Q. ni cómo transcurrió su infancia. El personaje aparece ya en su edad madura, y lo único que sabemos de su linaje es su condición de hidalgo; y lo mismo ocurre con Sancho. Esta novedosa falta de predeterminación, convierte a los personajes del *Quijote* en personajes novelescos, redondos y complejos, cuya trayectoria vital está sólo determinada por sus propias experiencias.

Lo más importante de esta evolución para el desarrollo de la novela moderna es que se va produciendo de forma gradual y natural ante los ojos del lector. No la conocemos por lo que nos diga el narrador, sino que los propios personajes nos la van mostrando a través de lo que hacen y dicen. Además, no sólo asistimos a la evolución de la locura de don Quijote por el continuo choque de sus fantasías caballerescas con la realidad. La evolución de don Quijote, como la de Sancho, es mucho más compleja, y viene también marcada por la propia convivencia de ambos y de sus distintas formas de enfocar la realidad. Se ha hablado así de cómo don Quijote se “sanchifica” y Sancho se “quijotiza” a lo largo del relato (Salvador de Madariaga, *Guía del lector del Quijote*, 1926). El fenómeno se hace patente en la parte II, que es donde mejor se detecta la madurez de Cervantes en el arte de novelar.

Buena muestra del contraste entre don Quijote y Sancho y de la evolución del mismo son los pasajes I, 31 y II, 10, en los que asistimos a sendas “invenciones de Dulcinea”. El episodio de las **Cortes de la Muerte (II, 11)** resulta también muy interesante para mostrar la evolución de don Quijote. En este caso aunque las apariencias son totalmente engañosas, don Q. es capaz de asimilar perfectamente la realidad e incluso reflexionar sobre ello con absoluta sensatez. Para la evolución de Sancho tenemos el episodio de Clavileño (II, 41), donde Sancho resulta ser tan “ingenioso” como don Q. imaginando fantasías, y su relato contrasta con el parco y mucho más realista de su amo. En la II parte, don Q., cada vez más sensato, tiende a ver la realidad tal cual es (las ventas son ventas y no castillos), mientras que Sancho, al principio tan apegado a la realidad, es ahora capaz de inventarse el encantamiento de Dulcinea o de superar a don Q. en capacidad de fabulación (Clavileño). Episodio central en la evolución de don Quijote es el de la cueva de Montesinos (II, 23), donde afloran todas las dudas acumuladas por don Quijote hasta entonces, tanto sobre su condición caballerisca como sobre la realidad de Dulcinea. Allí se viene abajo el mundo de la caballería andante, cuando don Quijote ve en sueños al caballero Montesinos sin armas, con “una beca de colegial” y adornado por un grotesco e inmenso rosario, o cuando le vemos referirse irreverentemente al corazón del héroe Durandarte como “de carne momia, según venía seco y amojamado” (II-XXIII, 741); es decir, de forma cómica y desidealizadora. Desmitificación caballerisca que se produce al mismo tiempo que la de

Dulcinea, puesto que, en dicha cueva, don Quijote recibe la visita de una de las compañeras de su dama, que le pide dinero a cambio de un faldellín; con lo cual el ámbito material y desdeñable del dinero se une al símbolo máximo de la ilusión, a Dulcinea.

Para narrar esta compleja evolución de los personajes, Cervantes se vale de un recurso novelesco fundamental, el diálogo, cuya técnica desarrolla y renueva, convirtiéndolo en otra de las marcas de la novela moderna.

EL DIÁLOGO. MULTIPLICIDAD DE VOCES Y DISCURSOS.

A partir del capítulo VII y de la entrada en escena de Sancho, Cervantes tiende a hacer que los personajes se muestren por sí mismos a través de lo que hacen y sobre todo de lo que dicen, siendo mínimas las intervenciones del narrador a este respecto¹. La presencia de Sancho a partir del capítulo VII propicia el diálogo y éste pasa a desempeñar en la obra un papel fundamental al permitir que los personajes se ofrezcan directamente al lector, mostrándole sus dudas, sus deseos, sus temores, a través de sus propias palabras.

El diálogo en sí mismo no supone ninguna novedad, ya que la poesía narrativa se había servido de él desde sus mismos orígenes (Homero) con diferentes funciones, desde la variación del ritmo narrativo hasta la caracterización de los personajes. La auténtica novedad del *Quijote* es que se trata, por primera vez en la historia del relato, de un **diálogo dialéctico o dialógico**, término acuñado por Mijail Bajtin en su *Teoría y estética de la novela*, para señalar la multiplicidad de discursos y voces individuales que funcionan en la obra frente al carácter monológico (una sola voz y un solo discurso) de la narrativa anterior.

Para Bajtin la historia del relato ha seguido dos líneas estilísticas básicas, que se sitúan antes y después del *Quijote*. La primera se caracteriza porque el relato está escrito con un solo tipo de lenguaje, un único tono o estilo, que es el que el autor adopta desde el principio y conserva hasta el final, y que, según la norma clásica del “decoro”, tenía que corresponderse con el tema tratado (teoría de los tres estilos). Y esto afectaba tanto al lenguaje del narrador como al de todos los personajes. Esta obligada uniformidad verbal suponía un claro alejamiento de la realidad lingüística, caracterizada precisamente por su pluralidad y variedad (geográfica, social, individual...). Así el idioma, que en los usos sociales hablados o escritos se halla, como sabemos, enormemente diversificado, se uniforma convencionalmente en el relato, que es por tanto MONOLÓGICO: un único tipo de discurso y lenguaje a lo largo de todo el relato. Sus personajes carecen por tanto de individualidad lingüística, y sus voces tampoco difieren de la del narrador.

Frente a esto, Cervantes inaugura la segunda línea estilística al componer, como dice Lázaro Carreter, la primera NOVELA POLIFÓNICA del mundo. Saltándose las reglas del “decoro”, Cervantes no se somete a los cánones estilísticos de ningún género. Es el primero en abrir el relato a los múltiples tipos de discurso que componen la realidad lingüística, cada uno con su propia retórica. Así Cervantes ha transformado el lenguaje narrativo, de monológico en DIALÓGICO (según Bajtin), o como prefiere Lázaro Carreter, en HETEROLÓGICO (para evitar confusiones con el término diálogo, ya que pueden existir diálogos no dialógicos). Esta variedad verbal se manifiesta básicamente en dos

¹ En este aspecto se observa una notable diferencia entre los 6 primeros capítulos y el resto de la obra en cuanto a la caracterización del protagonista. Falta Sancho, y falta el diálogo que su presencia propiciará, de forma que el protagonista queda alejado del lector puesto que no lo conocemos directamente, sino sólo a través de los datos que nos ofrece el narrador. Colocar a Sancho junto a don Q. es uno de los grandes aciertos de Cervantes, puesto que a través del diálogo que su presencia propicia la novela consigue buena parte de la complejidad y profundidad que la hizo famosa.

aspectos: A) variedad de estilos y discursos, propios de diferentes géneros literarios (HETEROLOGÍA); y B) variedad de voces individuales (HETEROFONÍA)².

A) VARIEDAD DE ESTILOS.

La variedad de estilos está relacionada con el gusto de Cervantes por incorporar en su novela materiales propios de otros géneros, gusto que, por lo demás está dentro de la tendencia a la miscelánea de la narrativa barroca. La mayor presencia corresponde a los géneros narrativos, pero también se extiende a la poesía (textos poéticos, versos sueltos de romances que incorpora directamente) y al teatro (desde el retablo de Maese Pedro, donde se recrea una representación, hasta episodios en los que adopta esquemas constructivos de inspiración dramática, como el del entremés en el episodio de los galeotes o en el del juicio del Baciuelmo). Esta variedad genérica es más visible en la primera parte, debido a la menor unidad estructural que presenta. De los géneros narrativos tenemos:

1. Estilo y lenguaje de los libros de caballerías en boca de don Quijote y de quienes ocasionalmente juegan a imitarlo (Micomicona, la dueña Dolorida). Intrincadas razones, giros perifrásticos, hipérboles, tono altisonante, alusiones mitológicas, arcaísmos.
2. Episodios pastoriles.
 - 2.1. Pastores idealizados de la novela pastoril; el lenguaje se adapta a los cánones de este género: descripciones llenas de lirismo, ritmo lento, paralelismos, antítesis (entierro de Crisóstomo).
 - 2.2. Pastores rústicos del teatro renacentista: representados por los cabreros, cuya imagen, más realista, se contrapone a la de los pastores idealizados de la historia de Marcela.
3. Novela corta / cortesana: *Curioso impertinente*, historia de Cardenio y Dorotea.
4. Novela picaresca: habla de germanía en el episodio de los galeotes.

B) VARIEDAD DE VOCES INDIVIDUALES.

Más interesante que la diversidad de estilos genéricos, es la riqueza de voces individuales que presenta la obra, auténtica revolución en el arte novelesco. Cada personaje tiene su propia voz individual, diferenciada de la de los demás personajes o la del narrador. El fenómeno se aprecia más en los personajes principales, pero también es visible en otros casos. Recoge tanto variedades geográficas o dialectales (la lengua del vizcaíno con su “mal hablar castellano”, en I, 8; o la del cautivo salpicada de arabismos, en la historia del Capitán cautivo), como sociales o diastráticas: los vulgarismos del cabrero Pedro, que crisan a don Quijote, la jerga picaresca de Ginés de Pasamonte y los demás galeotes.

La mejor manera de observar esta diversidad lingüística es comparando las voces de don Quijote y Sancho. Frente al lenguaje culto, a veces en exceso de don Q., Sancho, de acuerdo con su condición social y cultural, ofrece un lenguaje rústico y natural, para cuya caracterización Cervantes se vale fundamentalmente de dos rasgos, los refranes y las prevaricaciones lingüísticas. Los primeros convierten a Sancho en receptáculo de la cultura y la sabiduría popular; no es un rústico ignorante; desconoce la cultura erudita y su forma de expresión, pero es en cambio especialista en la cultura del pueblo que los refranes compendian, y que precisamente se había puesto muy de moda desde el siglo XVI entre las clases cultivadas. Las prevaricaciones, por su parte, son el resultado del choque entre su comprensión lingüística y la expresión culta y complicada de su amo: cuando no entiende las palabras de don Quijote las traduce a términos que le resulten más familiares, alterando completamente su sentido: así *verde* por *verídico*; *abad* por *Elisabad*, *Feo Blas* por *Fierabrás*, etc. Además de su función humorística, muestran la voluntad de Sancho por asimilar la cultura de su amo. Aunque en la primera parte el habla de Sancho estaba ya perfectamente caracterizada, es en la

² Fernando Lázaro Carreter, «La prosa del *Quijote*», en *Lecciones cervantinas*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1985, 113-130,

segunda donde el personaje aparece con absoluta conciencia y seguridad de su propia manera de expresarse. Véase II, 19 sobre la conciencia lingüística de Sancho³.

La heterofonía del *Quijote* está directamente relacionada con el diálogo y su papel para la caracterización de los personajes. Si el diálogo muestra tan acertadamente a los personajes es porque éstos tienen su propia voz individual que los describe y diferencia de los demás. Cada personaje se define a sí mismo no sólo por lo que dice sino por cómo lo dice.

Asimismo, es un elemento importante en la conformación del realismo cervantino ya que consigue captar la realidad lingüística en su rica diversidad, frente a la lengua convencional y única de los otros géneros. Pero para conseguir ese efecto de realidad no basta con que cada personaje tenga su propia voz, si ésta es a su vez única e invariable, puesto que los hablantes reales varían su manera de hablar por circunstancias diversas (cambios de registro según las situaciones, estado de ánimo, evolución personal). Los personajes del *Quijote* son lingüísticamente tan ricos que pueden, como los seres humanos, cambiar de registro según las circunstancias externas en que se produce la comunicación o según su propia evolución interna, sea psicológica o cultural. Y esto sucede así de modo constante por primera vez en el *Quijote*. Don Quijote habla de muy distinta forma cuando remeda los usos caballerescos o cuando aconseja a su escudero —con un lenguaje mucho más directo y familiar—, o cuando en sus momentos de lucidez y cordura diserta sobre diferentes temas (discurso de las armas y las letras, donde muestra su habilidad oratoria). También Dorotea se expresa de diferente manera cuando cuenta su historia o cuando finge ser la princesa Micomicona; y lo mismo ocurre con Sansón Carrasco cuando se convierte en el Caballero del Bosque (II, 12, 14) y de la Blanca Luna (II, 64). Además de estos cambios de registro, también cambia el lenguaje de los personajes en función de su evolución interna. Este es el fenómeno que afecta de manera especial al habla de Sancho, cuya convivencia con don Q. le lleva a un progresivo y palpable enriquecimiento lingüístico, que, como ocurre en otras ocasiones es comentado por los propios personajes.

Se ha sugerido⁴ que estas variaciones lingüísticas de Sancho y otros personajes implican cierta parodia de la teoría del DECORO poético, en cuanto que exigía la correspondencia entre el habla de los personajes y su condición social. Esto obligaba a que cada personaje tuviera su registro propio y exclusivo según su status, del que no podía escapar. Frente a esa convención estilística, Sancho intenta acceder con relativo éxito a un nivel lingüístico superior, que, según el decoro o la rueda virgiliana, no es el que le corresponde. A medida que avanza la novela, Sancho se apropia del ideal lingüístico de don Quijote, aunque adaptado con maestría a su mentalidad rústica, lo que explica sus prevaricaciones lingüísticas (cambiando un término culto por otro que le resulta más familiar), que demuestran su progresiva adaptación. Ver II, 68, 556. Un episodio en el que la ruptura del decoro es evidente y deliberada es el comienzo de II, 5, donde se recurre al traductor y al posible carácter apócrifo del fragmento, un juego al que Cervantes apela con cierta frecuencia para poder hacer lo que le da la gana.

En general, se observa cómo Cervantes no sólo juega con el lenguaje y con sus variedades, sino que hace de ello un elemento narrativo sobre el que sus personajes discuten y reflexionan.

³ Este pasaje es interesante porque nos muestra: 1) las características del habla popular de Sancho; 2) su conciencia lingüística; 3) la importancia que las variedades lingüísticas y su reflejo en la novela tenían para Cervantes, ya que precisamente uno de los temas en las conversaciones entre don Q. y Sancho es la forma de hablar de cada uno, lo que evidencia su propia conciencia de que hablan de distinta manera; y lo que es más, que Cervantes era muy consciente de la novedad que suponía para la novela el reflejo de esta diversidad lingüística.

⁴ Jesús Gómez, "Don Quijote y el diálogo de la novela", *Anales Cervantinos*, 28 (1990): 35-44.

El desarrollo de los personajes en el *Quijote*. Textos

II, 10. Encantamiento de Dulcinea.

-De ese modo -replicó don Quijote-, buenas nuevas traes.

-Tan buenas -respondió Sancho- que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.

-¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? -dijo don Quijote-. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

-¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced -respondió Sancho-, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa, nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

-*Hacaneas* querrás decir, Sancho.

-Poca diferencia hay -respondió Sancho- de *cananeas* a *hacaneas*; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

-Vamos, Sancho hijo -respondió don Quijote-; y, en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

-A las crías me atengo -respondió Sancho-, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

-¿Cómo fuera de la ciudad? -respondió-. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no vea que son éstas, las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a mediodía?

-Yo no veo, Sancho -dijo don Quijote-, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

-¡Agora me libre Dios del diablo! -respondió Sancho-. Y, ¿es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

-Pues yo te digo, Sancho amigo -dijo don Quijote-, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

-Calle, señor -dijo Sancho-, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y, diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas; y, apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y, hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

-Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón, ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora, [y], como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

II, 11. Cortes de la Muerte.

Responder quería don Quijote a Sancho Panza, pero estorbósele una carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte, con rostro humano; junto a ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; a los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas. Venía también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores; con éstas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó a don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y, con voz alta y amenazadora, dijo:

-Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dó vas y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón que carreta de las que se usan.

A lo cual, mansamente, deteniendo el Diablo la carreta, respondió:

-Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y, por estar tan cerca y escusar el trabajo de desnudarnos y volvernos a vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de Ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de Reina; el otro, de Soldado; aquél, de Emperador, y yo, de Demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad; que, como soy demonio, todo se me alcanza.

-Por la fe de caballero andante -respondió don Quijote-, que, así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios,

buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.

II, 41. Aventura de Clavileño.

Preguntó la duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

-Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no la consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas; porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la duquesa:

-Sancho amigo, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

-Así es verdad -respondió Sancho-, pero, con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda.

-Mirad, Sancho -dijo la duquesa-, que por un ladito no se vea el todo de lo que se mira.

-Yo no sé esas miradas -replicó Sancho-: sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamiento, por encantamiento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuestra merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, ¡me dio una gana de entretenerme con ellas un rato...! Y si no le cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante.

-Y, en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras -preguntó el duque-, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

A lo que don Quijote respondió:

-Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba a la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues, estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos; y, pues no nos asuramos, o Sancho miente o Sancho sueña.

-Ni miento ni sueño -respondió Sancho-: si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

-Dígalas, pues, Sancho -dijo la duquesa.

-Son -respondió Sancho- las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

[...] En resolución, éste fue el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dio que reír a los duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera; y, llegándose don Quijote a Sancho, al oído le dijo:

-Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más.

EL DIÁLOGO. VARIEDAD DE ESTILOS Y DE VOCES INDIVIDUALES.

II, 19. Caracterización lingüística de los personajes.

-Dios lo hará mejor -dijo Sancho-; que Dios, que da la llaga, da la medicina; nadie sabe lo que está por venir: de aquí a mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol, todo a un mismo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo a la rodaja de la fortuna? No, por cierto; y entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría. Denme a mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad a Basilio, que yo le daré a él un saco de buena ventura: que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza riqueza, y a las lagañas perlas.

-¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? -dijo don Quijote-; que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

-¡Oh! Pues si no me entienden -respondió Sancho-, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho; sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

-Fiscal has de decir -dijo don Quijote-, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

-No se apunte vuestra merced conmigo -respondió Sancho-, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que, ¡válgame Dios!, no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

-Así es -dijo el licenciado-, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos porque hay muchos que no lo son,

y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado Cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes.

II, 12. Evolución lingüística de Sancho.

-Pues lo mismo -dijo don Quijote- acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero, en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

-¡Brava comparación! -dijo Sancho-, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que, mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio; y, en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

-Cada día, Sancho -dijo don Quijote-, te vas haciendo menos simple y más discreto.

-Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced -respondió Sancho-; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas, vienen a dar buenos frutos: quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.

Rióse don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decía de su emienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba; puesto que todas o las más veces que Sancho quería hablar de oposición y a lo cortesano, acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen o no viniesen a pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia.

II, 68.

-No entiendo eso -replicó Sancho-; sólo entiendo que, en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

-Nunca te he oído hablar, Sancho -dijo don Quijote-, tan elegantemente como ahora, por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: "No con quien naces, sino con quien paces".

-¡Ah, pesia tal -replicó Sancho-, señor nuestro amo! No soy yo ahora el que ensarta refranes, que también a vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que a mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia: que los de vuestra merced vendrán a tiempo y los míos a deshora; pero, en efecto, todos son refranes.

II, 5. Ruptura del decoro.

(Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía; y así, prosiguió diciendo:)

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta; tanto, que la obligó a preguntarle:

-¿Qué traés, Sancho amigo, que tan alegre venís?

A lo que él respondió:

-Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

-No os entiendo, marido -replicó ella-, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgáredes, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

-Mirad, Teresa -respondió Sancho-: yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa y no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte; así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

-Mirad, Sancho -replicó Teresa-: después que os hicistes miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera que no hay quien os entienda. [...]

(Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.) [...]

(Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden a la capacidad de Sancho. El cual prosiguió diciendo:)

-Yo no os entiendo, marido -replicó Teresa-: haced lo que quisiéredes, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

-Resuelto has de decir, mujer -dijo Sancho-, y no revuelto.

-No os pongáis a disputar, marido, conmigo -respondió Teresa-. Yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos;